



Anhelo
Adrian Blake

A ti, mi pequeña diablilla, que has seguido a Derek desde el principio. Aquí descubrirás los motivos de sus comportamientos, sus anhelos más profundos... y también sus debilidades. Prepárate, pequeña... va a ser un viaje muy movido.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 1

Llevo una semana encerrado en casa solo... y destruido. Parece que el destino se interpone en mi camino de tener a Gabrielle en mi vida, y no sé cómo superarlo.

He intentado reponerme... otra vez. He intentado superarlo y seguir con mi vida... pero es imposible sacarla de mi cabeza y de mi corazón. Por culpa de mis celos enfermizos he echado a perder lo que más ansío, lo que anhelo con toda mi

alma. Y no sé si seré capaz de volver a recuperarlo.

Esta vez no he recurrido a la bebida, ni mucho menos al sexo. Ya la cagué bastante la vez anterior con mi poco autocontrol. Ni siquiera tengo fuerzas para salir de la cama y me he tomado unas vacaciones en el trabajo para recuperarme y poder volver a ser yo mismo.

Por mi mente no dejan de pasearse imágenes de Gabrielle en todas sus facetas: riendo cuando cenamos relajados en algún restaurante, atenta cuando hablábamos de cualquier tema que a ella le apasionara, sumida en sus pensamientos, o

consumida por la pasión cuando la llevaba al orgasmo. Ahora es tarde para recuperarla, y toda la culpa es mía.

Me levanto por fin de la cama decidido a encauzar mi vida y me meto en el cuarto de baño. El agua caliente elimina de mí el hedor de la traición... porque es lo que hice: traicionar la confianza de mi alma gemela y la de Evan.

Esta vez también perdí a mi mejor amigo. Sabía lo que iba a ocurrir mejor que yo mismo, y no le hice caso. Ahora pago las consecuencias de mis malas decisiones.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos para dejarme llevar de la mano de Morfeo, que en su mundo me tortura con imágenes de ELLA. ¡Maldito sea! ¡Ni estando con él puedo estar tranquilo!

La luz de la mañana inunda mi habitación. Hace mucho tiempo que estoy despierto, mucho antes de que despuntaran las primeras luces del alba. Desde que volví a perderla permanezco así, tumbado en cualquier parte sin poder respirar, deseando despertarme de esta pesadilla y encontrarla a mi lado. Pero la pesadilla no acaba, cada vez que abro los ojos vuelve a empezar, así un puto día tras otro.

Miro la puerta sin verla, recordando todos los detalles de la que ahora sé que es el amor de mi vida, esperando que en cualquier momento cruce el umbral iluminando de nuevo mi vida con su sonrisa. Pero eso no va a ocurrir, al menos si no intento salir del agujero en el que yo solo me he metido y voy a buscarla para pedirle perdón de rodillas.

Un golpe en la puerta me obliga a salir de la cama. Arrastro mis pies hasta ella para descubrir que solo se trata de un mensajero para cobrar las putas facturas. Le cierro la puerta en las narices y me arrastro de nuevo hasta la cama, pero algo que

asoma en el cajón de la mesita de noche llama mi atención.

Me acerco despacio y cojo con una suavidad casi reverente el pedazo de encaje que parece estar burlándose de mí. Sus braguitas... esas que me vuelven loco cuando rozan su piel provocándome. Las acerco suavemente a mi nariz, y a pesar de que hace semanas que ella se fue de mi vida aún puedo percibir su olor, dulce y picante a la vez, ese olor que me hace perder la cabeza por ella.

Mi dulce Gabrielle ha conseguido robarme el corazón, el alma y hasta el entendimiento. Mi ángel

redentor, que huyó de mí porque fui incapaz de ver lo que todo el mundo veía: que estaba tan loca por mí como yo lo estoy por ella.

Vuelvo a estar como al principio: perdido en la oscuridad sin ella. Debo volver a recuperarla, pero esta vez no sé si seré capaz de conseguirlo.

Vuelvo a empezar, debo hacerlo por mí... y por ella. He de idear un plan lo suficientemente bueno como para convencerla de que he cambiado de nuevo, de que he conseguido ser el hombre que ella se merece y necesita. Solo así podré calmar este anhelo que me ahoga cada vez que pienso en ella.

Capítulo 2

El día ha despuntado como mi estado de ánimo: gris. La lluvia repiquetea en los ventanales de mi oficina recordándome que a cada segundo que pasa Gabrielle se aleja más y más de mí, y yo no puedo hacer nada, porque, aunque no esté haciendo ni puto caso de lo que se está pasando a mi alrededor, la reunión en la que me encuentro es la más importante de mi carrera.

¿Y qué me importa mi carrera si mi corazón y

mi alma están vacíos? ¿Qué mierda me importa mi trabajo si la mujer a la que amo no está conmigo para compartir mi éxito?

–Señores, si me disculpan...

Me levanto de mi silla y me dirijo con paso decidido a la puerta dejando a un grupo de directivos de la empresa de infraestructuras más importante del país con un palmo de narices.

Camino por la calle sin rumbo, respirando el aire impregnado de humedad, recordando todos los momentos que he vivido junto a ella. Y casi sin darme cuenta me encuentro frente a su floristería.

Ahora que lo pienso jamás me he preocupado por su trabajo... ni por su vida. Realmente no me he preocupado por nada que no sea tenerla en mi cama dispuesta y deseando tenerme dentro de ella... como si fuese una vulgar puta.

Permanezco observándola desde el escaparate sin apartar la vista de ella ni un solo instante. Es atenta con los clientes, afable, y se desvive con las ancianas que compran ramos de flores, seguramente para las tumbas de sus maridos fallecidos.

Verla trabajar me muestra una faceta suya que desconocía... y que también adoro. Permanezco

parado bajo la lluvia, sin percatarme de la humedad de mi ropa, admirando sus gestos, sus miradas perdidas, sus sonrisas forzadas.

Gabrielle mira por la ventana y nuestras miradas se cruzan, y por un momento siento que su alma conecta con la mía de nuevo, enviando una descarga eléctrica directamente a mi corazón.

Dios... es más guapa de lo que recordaba. Aunque su rostro muestra signos de cansancio, aunque sus ojos han perdido el brillo que tenían, es la mujer más preciosa que he visto en la vida.

Mi pequeño ángel vengador coge un paraguas

de debajo del mostrador y sale a mi encuentro. A cada paso que da mi corazón late más deprisa, mi miembro se endurece y mi respiración se acelera. Su cercanía es todo lo que mi cuerpo necesita para salir de su letargo. Su perfume inunda mis fosas nasales cuando está a un metro escaso de mí.

–¿Qué haces aquí? –dice malhumorada–

¡Lárgate, Derek!

–Tengo entendido que las aceras son del ayuntamiento, cielo, así que no pienso largarme.

–Puedo denunciarte por acoso...

–¿Por admirar las flores de tu escaparate?

Gabrielle... no seas tan drástica.

–¡Maldita sea, Derek! ¡¿No has tenido bastante con el daño que me has hecho?!

El impacto de su afirmación hace que me tambalee en el sitio, y mi demonio ruge frustrado cuando la cojo del brazo para acercarla más a mí.

–Jamás ha sido esa mi intención, y lo sabes. He sido un auténtico capullo, un inmaduro, ¡un gilipollas! pero jamás he pretendido hacerte daño.

–Suéltame –susurra.

–Vuelve conmigo –replico.

–Tú estás mal de la cabeza.

–¡Sí, maldita sea! ¡Lo estoy! ¡Me estoy volviendo loco sin ti! –confieso sin pudor.

–¡No parecías muy desesperado cuando estabas besando a otra en tu despacho! –contraataca.

–¡¡Ella me besó a mí, joder!! ¡Estaba como una puta cuba porque te vi salir de casa de Evan! –mi excusa es una mierda, pero es lo que pasó.

–Te dije que entre Evan y yo no había nada...

¿y no me creíste? –pregunta con los ojos como platos.

–Ahora te creo –respondo avergonzado.

–No creerás que voy a volver contigo después de saber que no confiaste en mí, ¿verdad?

–Tengo mis esperanzas puestas en que lo hagas, la verdad.

–¿Pero no te das cuenta de que estando juntos lo único que conseguimos es hacernos daño?

–Correré el riesgo –respondo cruzándome de brazos, en un gesto totalmente infantil.

–Por favor, márchate –parece abatida y me

mata verla así.

–Me gusta observar las flores, Gabrielle.

–¡Joder, Derek! ¡Vas a coger una pulmonía!

–Así que sigo importándote....

El corazón da un vuelco en mi pecho y el peso que llevo en mi alma se aligera levemente. Aún tengo una oportunidad para recuperarla, y aunque sea pequeña sé que la puerta no esta cerrada del todo.

–No digas tonterías. No quiero cargar sobre mi conciencia con tu neumonía –se defiende.

–Ahora que sé que te preocupas por mí no

pienso marcharme.

—Allá tu —dice estampándome el paraguas contra el pecho y cruzándose de brazos—, pero al menos así me aseguro de que no pillas un resfriado.

Mi pequeño ángel se da la vuelta y yo me quedo un minuto más ahí parado, saboreando el olor de su perfume, regodeándome en el convencimiento de que aún hay una mínima esperanza de recuperarla.

Capítulo 3

Llevo al menos una hora aquí parado, frente a la casa de Gabrielle esperando que regrese del trabajo. Necesito hablar con ella, disculparme por mi comportamiento y abrir un poco más la ventana que he vislumbrado abierta esta mañana.

Son las doce de la noche, y doy vueltas preocupado por saber dónde estará. ¿Le habrá pasado algo? La desesperación empieza a apoderarse de mí, pero verla aparecer en el coche

de mi mejor amigo desvanece mi miedo y despierta mis demonios. Respiro aliviado al ver que solo le da un abrazo y un beso en la mejilla antes de que mi mujer se baje del coche.

Mi mujer. Apenas han aparecido esas dos palabras en mi cabeza y ya me siento completamente decidido a hacerlas realidad.

Tiro al suelo el cigarro que me estoy fumando y me acerco lentamente a ella. Gabrielle da un salto al percatarse de mi presencia.

—¡Joder, Derek! ¿Vas a dejarme en paz de una vez?

–Siento haberte asustado, nena. Necesitaba hablar contigo.

–No hay nada que puedas decirme para que cambie de opinión, Derek. Lo nuestro se acabó. Te he dado dos oportunidades y las dos las has desperdiciado.

–Cariño, déjame...

–¡No! ¡¿Me oyes?! ¡No pienso hacerlo! ¡Estoy harta de que me utilices! ¡Conmigo se acabó el juego! ¡Búscate a otra con la que jugar!

–¡No quiero a otra, joder!

–¡El otro día estabas muy a gusto besando a

otra mujer!

—¡Te he dicho que no era yo quien la besaba!

—¡Aún así no parecías muy disgustado!

—¡La usé para vengarme! ¡Me destrozó pensar que te veías a solas con Evan!

—¡¿Vengarte?! ¡Fuiste tú quien propuso el juego con Evan! ¡Y jamás me he acostado con él sin estar tú delante! ¡Lo hice porque creí que era lo que tú querías, GILIPOLLAS!

—Lo sé. Yo...

—Tú... siempre eres tú, Derek. Tus deseos, tus anhelos, tus necesidades... nadie más

importa, ¿verdad? Por una vez en tu puta vida piensa en mí y déjame en paz.

Gabrielle se da la vuelta para entrar en el portal y aprovecho la oportunidad para aprisionarla contra la pared. Su respiración se acelera, pero aún así gira la cabeza para mirarme con odio.

—¿En serio crees que si pudiese olvidarte estaría persiguiéndote como un puto acosador? —gruño en su oído— Me tienes loco, Gabrielle. No puedo sacarte de mi cabeza por más que lo intento. ¡Estoy poniendo mi trabajo en peligro por ti!

–Tú eres el único culpable, Derek. Única y exclusivamente tú. Suéltame o te juro por Dios que voy a empezar a gritar como una *Banshee*.

–Inténtalo.

Uno mis labios a los suyos antes de darle tiempo siquiera a respirar. El contacto me hace entrar en combustión al instante... me encanta el sabor de su boca, el sonido de esos gemidos que intenta disimular aunque no pueda. Acercó mi cuerpo al suyo para hacerle ver el tamaño de mi erección, pero ella me sorprende golpeándome con fuerza en los brazos.

Me quito la corbata sin soltarla... y ato sus manos con ella a la barandilla de la escalera. Separo mis labios de los suyos el tiempo justo para susurrarle:

–Así está mejor, nena.

Vuelvo a alimentarme de su aliento. Su cuerpo se retuerce, su garganta gime, y yo me estoy volviendo completamente loco. Recorro suavemente su costado por debajo de la camiseta para acariciar su pecho cubierto por encaje. Su piel sedosa me da la bienvenida erizándose, y mi libido se dispara como en los viejos tiempos.

Su rodilla impacta peligrosamente cerca de mi entrepierna, y aprisiono sus muslos entre los míos para evitar que me deje estéril antes de tiempo.

—Eres mía, nena... aunque tu boca lo niegue tu cuerpo te delata.

—Por favor... no lo hagas, Derek. Si sientes algo por mí no lo hagas —murmura sollozando.

Me separo de ella como si me hubiera quemado. ¿Si siento algo por ella? ¿En serio no se ha dado cuenta en todo este tiempo de que no puedo vivir si no la tengo a mi lado?

Siento asco de mí mismo cuando caigo en la

cuenta de que he estado a punto de violarla. Desato la corbata de la barandilla y la deslizo suavemente por su piel hasta dejarla caer al suelo. Me doy la vuelta y me alejo de ella sin decir ni una sola palabra. Tengo que alejarme de allí o mis demonios me harán cometer una locura.

Estoy tan furioso... no puedo creer que mis demonios hayan tomado el control hasta el punto de hacerme cometer algo tan asqueroso como lo que he estado a punto de hacer.

Conduzco como un loco por la carretera huyendo de la ciudad. Necesito pensar... y alejarme de ella.

Capítulo 4

El amanecer me da la bienvenida sentado en una de las barcas que hay varadas en la arena. Hace frío, pero un café bien cargado me calienta los huesos... aunque no mi alma. No llegué a darme cuenta del daño que le estaba causando a Gabrielle. No me quise dar cuenta de todo lo que ha sufrido por mi culpa.

Tiene razón... he sido un puto egoísta. Solo he pensado en mí mismo y en lo que yo necesito,

jamás en lo que necesitaba ella. Me engañé a mí mismo al pensar que los encuentros con Evan eran por ella. Jamás nada ha sido por ella, todo lo que he hecho ha sido por mí mismo.

Compartirla con Evan me daba la excusa perfecta para sentirme mejor conmigo mismo al descubrir que noche tras noche ella volvía a mi lado. Durante toda la relación mis demonios han llevado la voz cantante, esos demonios que acompañan a mi alma desde hace tantos años y que nadie conoce mejor que yo mismo.

Apenas recuerdo qué edad tenía, solo sé que era un adolescente colmado de hormonas

revolucionadas. Christine me engatusó como a cualquier crío. Ella tenía veintiocho, muchos más años que yo. Yo era un creído, la envidia de todos los chicos del instituto y el amor de todas las chicas, y tener la oportunidad de ligarme a la profesora de Literatura era algo que todos ellos anhelaban, fue como un reto.

Christine Era una provocadora, todos babeábamos por ella y lo sabía. Solía vestir camisas desabrochadas que dejaban asomar su sujetador por el escote y minifaldas con las que podíamos verle las bragas por debajo de la mesa... cuando se las ponía.

Siempre puso mayor interés en mí. Me ayudaba con los deberes, me daba clases particulares en los recreos si yo se lo pedía, aunque reconozco que me ocupaba más de recrearme la vista con sus tetas que en lo que realmente me explicaba.

Una tarde volvía a casa calado hasta los huesos, llovía a mares y había perdido el autobús. Christine se acercó con su coche y me pidió que subiera para llevarme a casa. Ojalá nunca lo hubiese hecho.

Me llevó a su casa para que mis padres no me vieran empapado... o eso me dijo. Cuando entré

en el baño para secarme oí voces en el salón pero no presté atención. ¡Maldita fuera mi estampa por no haberlo hecho! Al salir del cuarto de baño Christine me interceptó en el pasillo y me llevó a su dormitorio, donde me sedujo. Sentir su mano resbalar hasta mi polla y su lengua inundar mi boca estuvieron a punto de hacer que me corriera. La mezcla de hormonas y ego hicieron que en vez de escandalizarme porque una profesora quisiera follar conmigo me sintiese el joven más afortunado del mundo... hasta que dos hombres fornidos entraron en la habitación.

Mientras esos dos armarios empotrados me

sujetaban, ella me quitó toda la ropa. Después de eso me ataron a la cama y practicaron conmigo todas las barbaridades que quisieron... los tres. Chillé, pataleé... luche como un jabato, pero no me sirvió de nada.

Cuando se hartaron de mí me dejaron tirado desnudo en mitad de la calle como un trapo viejo. En ese momento fui incapaz de moverme, ni de respirar siquiera. Tenía ganas de morirme, de hacerme pequeño hasta desaparecer.

Tres horas después una patrulla de policía me encontró y llamaron a mis padres. No había que ser muy listo para saber lo que me había pasado.

Tuve que declarar para poder escapar e irme a mi cuarto a llorar por lo que me había pasado.

Esa noche cometí una locura... que por suerte no llegó a ser más que un susto. Mi madre me encontró justo a tiempo, antes de que la cuchilla rozase siquiera mi piel. Permanecí mucho tiempo abrazado a ella, que lloraba desconsolada por no haber sido capaz de protegerme de algo tan macabro.

Esa noche no pude pegar ojo. Solo podía pensar en la locura que había estado a punto de cometer, y en que no podía permitir que esa mujer siguiese dando clases en el instituto.

Al día siguiente me levanté decidido a contarle al director lo que me había hecho esa hija de puta. Mis padres no querían oír ni hablar de ir tan pronto al instituto, mucho menos después de la locura que había estado a punto de cometer, pero yo necesitaba hacerlo, necesitaba hacerle ver a esa desgraciada que no había podido conmigo, que yo era mucho más fuerte que ella.

Cuando llegué al instituto todas las paredes estaban forradas con fotografías de las aberraciones que había sufrido. Todo el mundo me señalaba, murmuraban a mi paso. No pude soportarlo y salí corriendo antes de poder hablar

con nadie. Tuvimos que mudarnos, nos fuimos a otro estado, y comenzó la dura batalla por hacer justicia.

Desde entonces he sido consciente de los problemas psicológicos que eso me acarreaba, y he perdido la cuenta de los psicólogos y psiquiatras que han tratado mi problema.

Doy un sorbo a mi café pensando en la mujer a quien acabo de dejar llorando en su portal. Ha sido mi punto de apoyo desde que apareció en mi vida para dejar toda esa mierda atrás, y sin darme cuenta ha sido el saco de boxeo en el que he descargado mis frustraciones.

Tengo que cambiar mi táctica con ella. Tengo que demostrarle que me importa más que mi vida, pero para eso debo volver a poner a raya a mis demonios. Y solo hay un lugar donde puedo conseguirlo.

Marco el número que llevo tanto tiempo sin marcar a pesar de que me lo sé de memoria. Al tercer tono una voz de mujer suena al otro lado de la línea. Mis ojos se llenan de lágrimas al instante, un nudo se atasca en mi garganta y comienzo a temblar descontroladamente antes de seguir hablando.

–Hola mamá.

Capítulo 5

Estoy parado frente a la puerta de la casa de mis padres, esa casa que no he vuelto a pisar desde que me independicé, hace ya demasiados años.

El corazón me late a mil por hora por el miedo. Sí, estoy acojonado, porque no sé cómo van a reaccionar mis padres al verme después de tantos años. Me apoyaron cuando todo sucedió, pero me recordaban tanto mi pasado que tuve que

huir de su lado para poder respirar.

Al principio llamaba a casa a menudo, para ponerles al día de mis logros o simplemente porque necesitaba escuchar sus voces en la distancia. Pero poco a poco la rutina se fue afianzando, las llamadas comenzaron a ser menos frecuentes... hasta que se terminaron por completo.

Antes de que llegue a mitad de camino veo salir a mi madre con los brazos abiertos y los ojos anegados en lágrimas. Está como siempre. El pelo cano y unas pocas arrugas en el rostro, pero es la misma de siempre. El nudo que tengo en la

garganta me impide decir ni una palabra, así que abro los brazos esperándola.

Cuando su cuerpo se refugia entre mis brazos apoyo la cara en su cabello e inspiro ese olor tan familiar para mí. Aunque parezca increíble, me siento en casa.

No me he percatado de las lágrimas que corren por mis mejillas, ni los sollozos ahogados que salen de mi garganta hasta que caigo de rodillas acunado en los brazos de mi madre.

La presa se ha abierto dentro de mí. Llora por lo que me ocurrió, por la mierda de persona en la

que terminé convirtiéndome y por haber perdido al amor de mi vida.

Permanecemos así mucho tiempo, sin importar la gente que se nos queda mirando al pasar. No sabía cuánto necesitaba a mi madre hasta que no la he tenido entre mis brazos.

–Shh... tranquilo, mi niño... se acabó... se acabó... estás en casa –me susurra entre sollozos.

Nos levantamos despacio del suelo y entramos en casa abrazados. Tengo tanto que decirle... y sin embargo no me salen las palabras.

Solo con mirarla un nudo se me atasca en la garganta y no puedo contener las lágrimas.

Ella solo me abraza sonriendo con los ojos llorosos. Cuando la tormenta amaina le cojo las manos entre las mías y las beso como si fuesen un tesoro... ¡Joder! Es mi tesoro.

—Mamá, yo...

—Calla —me interrumpe poniendo un dedo en mis labios—. Lo sé... y lo entiendo, Derek. Lo que ocurrió fue muy duro para todos, pero sobre todo para ti, y si alejarte era lo mejor para que lo olvidaras está bien.

–Debí venir antes. Debí... –las lágrimas contenidas hacen que no pueda seguir hablando.

–Lo importante es que estás aquí. Lo único importante es que mi niño ha vuelto a casa. Necesitabas tiempo y nosotros estábamos dispuestos a dártelo.

Una hora después estoy sentado en la barra de la cocina comiendo cacahuets y viendo cómo mi madre prepara mi comida preferida: su maravilloso asado de cordero. No puedo quitarme la inquietud que siento por no haber visto aún a mi padre, que debe estar a punto de llegar.

En cuanto oigo la llave en la cerradura me tenso, me pongo de pie y espero verle aparecer por la puerta de entrada. Al verle me veo a mí mismo dentro de treinta años, porque somos jodidamente idénticos.

Su cabello negro se ha convertido en una melena plateada, y esos mismos ojos que me miran a diario desde el espejo están rodeados de arrugas.

Las llaves resbalan de su mano cuando levanta la vista y se percata de mi presencia, sus ojos se abren con la sorpresa, y su abrazo protector no se hace de rogar.

Jamás he visto a mi padre llorar. Jamás soltó ni una sola lágrima, ni siquiera en el juicio en el que quedó expuesta la crueldad que recibí. Siempre fue fuerte, por él, por mí y por mi madre. Hasta ahora.

Se aparta de mí para mirarme de arriba abajo y luego sonreír con orgullo.

–Te has convertido en todo un hombre. Un gran hombre. Estoy tan orgulloso de ti...

–Siento no haber vuelto antes, papá.

–Estás aquí, que es lo importante –responde tranquilo.

–¿Por qué no vais a ponerlos al día mientras se termina de hacer la cena? –tercia mi madre.

Entramos en su despacho a tomarnos una copa y me quedo mudo de la impresión. Todas las paredes están repletas de recortes de periódicos de mis casos, mis logros, mis premios.

–Has tardado demasiado en volver –reprocha sin mirarme.

–Lo siento, papá. Intenté superarlo, pero no lo he conseguido. Creí que olvidándome de todo lo conseguiría. Debería haber vuelto antes. Debería...

–Hijo, lo que te pasó no es algo que pueda olvidarse. Jamás vas a poder avanzar si ese es tu objetivo.

–¿Y entonces qué hago? No puedo seguir así... yo... necesito arreglarlo –agacho la cabeza avergonzado.

–Debes aprender a vivir con ello. Debes afrontarlo y asumir que es una parte de tu vida de la que no te puedes librar.

–¿Y eso cómo demonios lo hago? –respondo más brusco de lo que pretendía– He echado a perder mi futuro por ello. He alejado de mí a

la mujer a la que amo por culpa de mis demonios.

—Así que ha sido una mujer quien ha conseguido traerte de vuelta... Recuérdame que le dé las gracias cuando la conozca.

—Después de lo que le he hecho no creo que tengas esa suerte.

—¿Tan grave ha sido? —pregunta mirándome de reojo.

—La última vez que la vi casi... la violo.

—Mañana podrías ir a ver al doctor Brown. Necesitas volver a terapia, Derek.

El doctor Brown fue el sicólogo que me trató cuando todo ocurrió. Él fue quien consiguió convertirme en un chico “normal” de nuevo.

–De acuerdo. Iré.

Capítulo 6

Hace horas que estoy despierto tumbado en mi cama de la infancia, en ese cuarto repleto de premios deportivos de un chico adolescente que aparentaba normalidad aunque estuviese destrozado por dentro. No puedo sacarme a Gabrielle de la cabeza por más que lo he intentado. Anoche le mandé un mensaje del que no he recibido respuesta.

“Aún no se ha terminado, nena. Volveré a

buscarte”

El cansancio emocional hizo que cayese dormido en cuanto mi cabeza tocó la almohada, pero sueños turbulentos me despertaron mucho antes del amanecer. Volver a casa de mis padres ha despertado de nuevo las pesadillas, esas que había conseguido ahuyentar hace ya tanto tiempo. Volver a revivir la tragedia me ha hecho despertarme sobresaltado y sudoroso.

Me he dado una ducha bien caliente para apartar los recuerdos de mi mente, pero no ha servido de nada. Lo único que consigue hacerlo es el recuerdo de mi ángel redentor, imaginarla

entrando en mi despacho sexy y seductora, contoneando sus caderas enfundadas en uno de sus vestiditos sexys, dispuesta a seducirme.

Me veo repantigando en mi sillón, mirando cómo se acerca lentamente. Se sienta en el borde de mi escritorio y cruza las piernas al más puro estilo “Instinto Básico”, y yo me relamo expectante. Acaricio con un dedo su pierna, desde la rodilla hasta la cadera, y su boca se entreabre al soltar un suspiro de deseo.

Me levanto despacio y me acerco a ella, hasta que sus piernas quedan aprisionadas entre las mías. Arquea la espalda para darme mejor acceso

a su cuello, pero no es eso lo que necesito, así que la acerco a mi pecho y saqueo su boca con mi lengua, hurgando en todos sus recovecos y arrancándole gemidos que me ponen la piel de gallina.

Me separo lo justo para quitarle el vestido. La muy descarada lleva debajo un conjunto de encaje negro que a punto está de hacerme perder el control. Con suavidad suelto los cierres del ligero y poniéndome de rodillas desenrollo lentamente sus medias, lamiendo cada centímetro de piel que dejo al descubierto.

Sus nudillos están blancos de la fuerza con la

que se agarra al borde de la mesa, y sonrío satisfecho cuando su mirada se oscurece al ver cómo me acerco a su sexo. Pero solo le dedico una pasada de mi lengua por encima del encaje antes de volver a ponerme de pie y atacar con avaricia sus pezones rosados, que ya están duros esperando a mi lengua.

Los lamo, los succiono, los muerdo mientras sus manos se enredan en mi pelo y las mías aprisionan su dulce trasero. Sus gemidos son cada vez más fuertes, y de un solo tirón libero a su sexo de la ínfima tela que lo cubre antes de ponerme de rodillas nuevamente y darme un festín con la miel

que ya corre por sus muslos.

Mi lengua se adentra en su interior y mi nariz roza suavemente su clítoris, haciendo que llegue al orgasmo casi al instante. Sentir sus uñas clavarse en mis hombros cuando su cuerpo es recorrido por el éxtasis hace que esta vez sea yo quien gima ardiendo de deseo.

Intento atacar de nuevo su boca, pero mi gatita traviesa me empuja para sentarme en la silla, arrodillarse entre mis piernas y liberar a mi enorme erección de su confinamiento. Me dedica una mirada sexy antes de estirar su lengua y lamer la gotita perlada que asoma de la punta. No puedo

hacer más que echar la cabeza hacia atrás, debido al placer que me produce ese acto tan simple.

Gabrielle lame mi polla desde la base hasta la punta un par de veces antes de engullirla por completo. Sentirme dentro de su boca hace que me sienta desfallecer, pero me aguanto las ganas de correrme para exprimir al máximo el momento.

Ella succiona, lame y me aprieta entre sus labios una y otra vez, y cuando estoy a punto de perder la cordura se levanta y me besa con dulzura antes de sentarse a horcajadas en mi regazo e introducirme lentamente en su interior. El gemido que escapa de mi garganta queda preso entre sus

labios carnosos, que no se han separado de los míos, y sus manos acarician suavemente mi nuca.

Comienza entonces su vaivén, tan lento y delicioso como todo lo que hace, y en unos cuantos movimientos su cuerpo se arquea recorrido por un nuevo orgasmo. Sus contracciones ordeñan mi polla haciendo que la acompañe poco después.

Me levanto de la cama para limpiar la evidencia de mi imaginación pervertida y me meto en la ducha. El agua caliente calienta mis hombros, que han perdido por fin la rigidez que adquirieron al despertarme de la pesadilla.

Diez minutos después estoy vestido y bajo a desayunar. Mi madre ya está trajinando en la cocina, preparando tortitas con sirope, zumo de naranja y café. La beso en la mejilla abrazándola desde atrás y aspiro su aroma, ese que tantas veces me tranquilizó en mi juventud y que tan fácilmente logré olvidar.

Ella sostiene mis brazos entre los suyos y sonrío contenta de tenerme de nuevo a su lado. En este momento me doy cuenta de lo egoísta que he sido. Ellos también sufrieron un infierno con lo que me pasó, pero no me han tenido a su lado para superarlo juntos.

–Buenos días, mamá –le susurro antes de darme la vuelta y servirme un café.

–Buenos días cariño. ¿Qué tal has dormido?

–No muy bien. Dormir en esa cama ha revivido los fantasmas, pero debo lidiar con ello y aprender a superarlo.

–Lo conseguirás –dice apretando mi mano—. Estoy segura de que podrás hacerlo. Eres fuerte, cariño.

–Necesito hacerlo, mamá.

–Y dime, ¿cómo es ella?

–Papá ya se fue de la lengua, ¿eh? –contesto

sonriendo.

—Hay cosas que una madre intuye por su cuenta —levanto una ceja escéptico—. Sí... tu padre me lo contó —reconoce ella con un gracioso mohín.

—Se llama Gabrielle y trabaja en una floristería. Es preciosa, inteligente, divertida... y hace que mi corazón se pare cada vez que me mira.

—¿Eso es todo?

—Me avergüenza decir que no sé mucho más de ella. Solo sé que su pelo castaño se enreda

en mis dedos como si quisiera atraparme, que su perfume a flores silvestres haría que la reconociera a través del gentío y que su risa es la música que calma mi alma.

—Realmente estás enamorado de ella —dice mi madre tras darle un sorbo a su café.

—Con toda mi alma. Pero por culpa del pasado le he hecho mucho daño, mamá. Quizás demasiado.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aún no lo sé. Pero sé que para no volver a hacerle daño tengo que superar esta mierda, o

de lo contrario la alejaré de mí para siempre.

Y no puedo permitirlo.

—Quizás deberías contarle lo que te pasó. Así ella logrará entenderte mucho mejor.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —definitivamente mi madre está loca— Si se lo cuento se alejaría de mí al instante.

—Yo creo que lo que pasa es que te avergüenzas de ti mismo por ello, Derek. Y quizás debo recordarte que tú no tuviste la culpa de nada. Eras un niño, y esa mujer abusó de ti.

–No sería capaz de mirarla a la cara, mamá.

–Ninguna vergüenza es comparable a perder al amor de tu vida, Derek. Espero que encuentres la forma de recuperarla, pero recuerda esto cuando no te quede ningún As en la manga.

Capítulo 7

La consulta del doctor Brown remueve mis entrañas igual que lo hacía de niño, e igual que entonces, no me gusta y quiero salir de aquí. Estoy nervioso, y no paro de mover la pierna en un intento de calmarme. Mi padre pone su mano sobre mi rodilla sin mirarme, y presiona levemente para que pare el baile que interpreto desde hace rato.

Tenerle a mi lado me da las fuerzas necesarias para ponerme de pie cuando la enfermera dice mi

nombre. Mi siquiatra no ha cambiado demasiado. Tiene el pelo cano y arrugas cruzan sus gestos amables. Sonrío inconscientemente cuando se acerca a darme un abrazo afectuoso.

–¡Derek! ¡Cuánto tiempo! Me alegro de verte.
¿Qué te trae por aquí?

Miro a mi derecha para fijar la vista en mi padre, pero me doy cuenta de que se ha quedado fuera de la consulta. Este trago tengo que pasarlo yo solo.

–Necesito ayuda, doctor. Nada va bien y me estoy volviendo loco.

–Bueno, empecemos por el principio. Cuéntame qué has hecho después de todo este tiempo –su cambio de tema ya es familiar para mí, pretende adentrarse en el problema poco a poco, y no sabe cuanto se lo agradezco.

–Soy abogado. Uno de los mejores del país, de hecho.

–¡Estupendo! ¿Y en qué te especializaste? – pregunta con una sonrisa amable.

–Soy criminalista. Me dedico a meter a los malos en la cárcel –intento bromear, pero no

puedo deshacer el nudo que tengo en la garganta.

–Interesante... ¿Algo más?

–En mi tiempo libre me dedico a representar a víctimas de maltrato y violación que no pueden pagarse un abogado decente.

–¿Y eso te reconforta? –pregunta mientras empieza a escribir en su ya conocido cuaderno.

–Me hace sentir mejor persona –admito.

–Me ha dicho tu padre que has conocido a una mujer. Háblame de ella.

–Es... preciosa. Perfecta. No puedo quitármela de la cabeza ni un solo momento.

–¿Cómo la conociste?

Hablar de Gabrielle aumenta el nudo que siento en el pecho, pero si quiero avanzar debo soltarlo todo.

–La conocí en una parada de taxis un día de lluvia. Todos pasaban de largo... y le presté mi ayuda.

–¿Y ella siente algo por ti?

–Lo sentía... hasta que la cagué.

–¿Por qué piensas que la has cagado, Derek?

—Porque le he hecho mucho daño. Más del que ella puede soportar.

—¿La quieres?

—Con toda mi alma —reconozco—. No puedo respirar si no estoy con ella. No puedo dejar de pensar en ella, de imaginarla... sin ella me siento perdido.

—Si es así, ¿por qué le hiciste daño?

—Mis miedos hicieron que cometiese una estupidez. La hice creer que la engañaba con otra porque me cegaron los celos al verla con mi mejor amigo.

–¿De qué tienes miedo, Derek? –levanta la cabeza el tiempo justo para preguntar antes de volver a escribir.

–De volver a sufrir.

Mi siquiatra se quita las gafas, cruza las manos sobre la mesa y me mira fijamente.

–Bien, Derek... como le expliqué a tus padres cuando todo ocurrió, las víctimas de una violación pasan por tres fases. La primera fase dura dos años, y es la etapa de crisis. La víctima está en shock, se culpa de lo que ha pasado, no soporta el contacto físico y se

retrae en su interior. La segunda etapa se da desde ese momento hasta dos años después, es decir, cuatro años después de la agresión. La víctima tiene problemas para relacionarse con la pareja y desarrolla un mecanismo de defensa debido a la angustia y la ansiedad que le causa la violación. Y la última etapa es aquella en la que la víctima comienza a entender lo que pasó, y aprenden a vivir con ello.

—Entiendo —le contesto.

—Me temo que aunque ya han pasado veinte años sigues estancado en la segunda etapa,

Derek. No has avanzado, no has aceptado que lo que ocurrió fue una tragedia y que no tienes la culpa de nada.

—Sé que no fue mi culpa...

—Intentas convencerte de ello, pero tu subconsciente sigue creyendo que eres el culpable de que esa mujer te violase. Y hasta que no lo superes no podrás tener una relación sana con ninguna mujer.

Puede que el doctor tenga razón ¿El cabrón de mi subconsciente es quien me impide que esté con Gabrielle?

–¿Y qué puedo hacer?

–Cada paciente es un mundo, Derek, y no puedo decirte con exactitud lo que debes hacer. Contarle a ella lo que te pasó sería un primer paso en la dirección correcta.

–Me odiará, me...

–Derek, nadie va a odiarte por ello. También deberías enfrentarte a tu agresora, verla con los ojos de un adulto sería un gran paso.

–No sé si podré hacerlo...

–Empieza por tu chica. Habla con ella. Los demás pasos los iremos dando poco a poco.

Me gustaría que pasaras tiempo con tu familia, y que vengas a mi consulta a menudo. Quizás deberías pedir una excedencia.

–Soy mi propio jefe, puedo hacer lo que quiera.

Tras sonreírme, el doctor Brown se levanta y me tiende la mano.

–Dile a mi secretaria que te de cita para dentro de unos días.

–¿Cuánto tiempo cree que tardaré en recuperarme, doctor?

–Poco a poco, Derek. El mundo no se creó en

siete días como nos han hecho creer.

Capítulo 8

Me encuentro de nuevo en mi apartamento, pero solo voy a estar un par de días aquí antes de volver a casa de mis padres... a ser posible con Gabrielle.

Ni siquiera he deshecho la maleta... es más, debo hacer otra para el tiempo que voy a pasar alejado de mi vida. Me meto en la ducha y sin darme cuenta imágenes de Gabrielle inundan mi mente. Recuerdo una ducha con ella, en la que mi

pequeña diablesa me demostró que su cara virginal es solo una fachada.

Entró sin previo aviso en la ducha y comenzó a pasar sus manos por mi pecho. Yo eché la cabeza hacia delante y apoyé la frente y las palmas de las manos en la pared para dejarla explorarme a placer. Sus pequeñas manos se deslizaron por mi abdomen, mis muslos, mi trasero... y se agarraron a mi polla erecta cuando creía que iba a morirme de expectación.

Mientras desplazaba su mano por mi miembro plantó dulces besos en mi espalda, y con su mano libre palpó mi ano. Me tensé por un segundo, pero

su exploración no pasó de ahí. Reconozco que fue... agradable, pero poco después trasladó esa mano traviesa a mis testículos, que masajeó con pericia.

Creí que iba a morir de placer ahí mismo, pero cuando mi semen amenazaba con salir disparado ella me soltó. Me di la vuelta encendido de deseo, la levanté en peso y la empotré contra la pared para enfundarme en ella hasta la empuñadura. Sus manos son deliciosas, pero su coñito prieto es el puto paraíso.

Comencé a moverme desesperado, con embestidas secas, profundas, certeras. Nuestros

gritos se mezclaban con el vapor del agua que empapaba nuestros cuerpos, y cuando el orgasmo nos atravesó fue como salir de golpe de un huracán.

Mi mano se traslada lentamente a mi miembro que ya está erecto debido al recuerdo. Paso la palma por toda su longitud, apretando la punta con los dedos y apresando entre ellos la gota perlada que se ha escapado de ella. Comienzo a moverla despacio, arriba y abajo, cada vez más apretada, más fuerte, más deprisa. Tengo que apretar la otra mano a la pared para no caerme de rodillas del placer que estoy sintiendo. Aunque sea en mis

recuerdos Gabrielle sigue consiguiendo llevarme al límite.

Cuando el orgasmo me arrasa, su nombre escapa de mis labios en un grito ahogado. Una vez pasada la tormenta, me enjabono lentamente con una sonrisa en los labios. Ha llegado la hora de recuperarla.

Una hora después me encuentro en la puerta de la floristería. Miro por la cristalera, pero no la veo por ningún lado. El tintineo de la campanilla de la puerta me sobresalta, y mi ángel redentor entra en la tienda con una enorme caja en las manos.

Aprovecho que está en el almacén para entrar en la tienda. Inmediatamente un olor floral muy parecido al de Gabrielle inunda mis sentidos. Acaricio suavemente el pétalo de una orquídea con el dedo y antes de terminar el gesto su presencia inunda la habitación.

–¿Otra vez tú? Creí que te habías rendido.

–Casi estuve a punto de hacerlo. Pero no vengo a intentar seducirte, Gabrielle. Esta vez no. Vengo a proponerte algo.

–La última vez que me hiciste una proposición terminé con el corazón destrozado, Derek.

–¿Me dejarás que me explique al menos?

Tras unos minutos que me parecen eternos, ella asiente imperceptiblemente mientras se cruza de brazos, apoyando la cadera en el mostrador.

–Me he comportado como un auténtico cabrón contigo, lo sé. He pagado contigo mis demonios, y no sabes lo que me arrepiento de ello. El otro día me diste mucho en lo que pensar, nena.

–¿Yo? –pregunta sorprendida.

–Creí que te había dejado lo suficientemente claro que te quiero, pero no ha sido así.

–¿Me quieres? –susurra.

–Con toda mi alma, Gabrielle –me acerco a ella y atrapo sus manos con las mías–. Te quiero tanto que si no estoy contigo me cuesta respirar. Y quiero que tú sientas lo mismo por mí.

Ella abre la boca para decir algo, pero pongo un dedo en sus labios para impedírselo.

–No es justo que te pida eso cuando no me conoces en absoluto. Tengo problemas psicológicos, Gabrielle... problemas debidos a algo que pasó hace mucho tiempo.

–¿Me lo vas a contar? –pregunta incrédula.

–Sí, pero no aquí, ni ahora. Este es el trato que te propongo: ven conmigo a la ciudad donde me crié, a la casa de mis padres. Conóceme, descubre cómo soy. Escúchame cuando esté preparado para desvelarte mis demonios, y si después de todo eso sientes que no puedes con esto, te juro por lo más sagrado que te dejaré marchar y no volveré a perseguirte.

–No puedo irme así como así, Derek. Tengo un negocio y...

–Cógete vacaciones. Una semana... dame una semana y te dejaré marchar. Te juro que no intentaré nada a no ser que tú me lo pidas – ella ríe divertida.

–No te lo crees ni borracho, Derek. Eres incapaz de mantener las manos alejadas de mí.

–Te doy mi palabra. Si quieres que te toque deberás ser tú quien me seduzca. Dormiré en otra habitación y haré lo que sea necesario para que accedas a esto, nena.

–¿Una semana? ¿Y si decido que no quiero

estar contigo me dejarás en paz?

–Exacto. ¿Qué me dices? –respondo con toda la decisión de la que soy capaz.

Ella se queda pensativa demasiado tiempo para mis nervios, pero levanta la mirada insegura y asiente.

–Lo haré. Pero te juro que si decido alejarme y me persigues de nuevo te denunciaré.

–No tendrás que hacerlo –sonríó aliviado.

Me acerco a ella y aspiro el aroma de su cabello antes de posar mis labios en su mejilla para darle un suave beso. Ella inspira fuerte, pero

no dice nada. Mis ojos se encuentran con los suyos un segundo, yo sonrío y beso el dorso de su mano antes de separarme de ella unos pasos. No estoy preparado para estar tan cerca de ella sin tocarla como quiero.

—Te recojo mañana a las ocho —le digo.

—¿Mañana?! ¡Estás loco! ¡No puedo irme así por las buenas, Derek!

—Claro que puedes. No tienes que darle explicaciones a nadie. Pon un cartel de que estás enferma y asunto arreglado.

—¿No puedes esperar un par de días?

–Debo estar allí mañana. Tengo que ir a terapia, Gabrielle.

–¿Terapia? ¿Por qué?

–Esa es otra de las cosas que averiguarás en esta semana.

Capítulo 9

Son las seis de la mañana y ya estoy despierto, duchado y tomándome un café. Los nervios van a acabar conmigo. No puedo dejar de pensar en la reacción que tendrá Gabrielle cuando descubra mi pasado, pero es lo que debo hacer si quiero crear los cimientos de una relación a largo plazo con ella.

Enciendo el ordenador para ultimar los detalles de mi viaje. No puedo dejar mi empresa a

la deriva, y aunque mis compañeros son perfectamente capaces de llevar el negocio sin mí quiero dejar todos los cabos atados antes de marcharme.

En un ataque de locura reservo mesa en el restaurante al que llevé a Gabrielle la primera vez que cenamos juntos, aquel pequeño lugar que está junto al mar. No puedo seducirla, pero sí puedo mimarla como se merece.

A las ocho estoy aparcado frente a su casa. Respiro hondo y me dispongo a llamar al timbre, pero ella se me adelanta saliendo por la puerta antes de que alcance a darle al botón.

–Buenos días, Derek. Te vi por la ventana.

–Buenos días, preciosa –contesto besándola en la mejilla–. ¿Lista?

–Creo que sí. ¿Y tú?

–No... no lo estoy. Pero es lo que debo hacer si quiero seguir adelante.

Conduzco sin rebasar el límite de velocidad, tal y como hacía antes. Me siento en calma... y esa es una sensación que había olvidado y que me gusta. Pongo un poco de música para que el ambiente no esté demasiado tenso, y me centro en la carretera.

Me encanta escucharla cantar. Lo hace bajito, como si así yo no fuese a escucharla, pero no puede evitar tararear las canciones que conoce. Sonrío satisfecho sin mirarla, no quiero que deje de hacerlo.

A la una estamos aparcando en la puerta del restaurante. Gabrielle me mira con una ceja levantada, y yo me encojo de hombros con inocencia.

—Tenemos que comer, y el restaurante nos pilla de camino.

—Ya... seguro que es por eso —contesta

escéptica.

Nos sentamos en la misma mesa en la que nos sentamos aquella vez, y cuando el camarero toma nuestro pedido ambos nos quedamos mirando el horizonte. Yo, con añoranza por lo felices que éramos entonces. Supongo que ella pensará en lo mismo.

—No puedo creer todo lo que ha pasado desde entonces —susurra ella confirmando mis sospechas.

—Yo tampoco. Jamás pensé que pudiese ser tan gilipollas.

–Derek... no. Si estoy aquí es porque necesito saber. Y así no me ayudas a ser objetiva.

–Lo siento, cambiemos de tema. ¿Qué has hecho en el tiempo que llevamos sin vernos?

–Trabajar, salir con mis amigas... ha sido poco tiempo, de hecho.

–¿En serio? A mí me ha parecido una eternidad. No podía dejar de pensar en ti.

–¿Por qué yo, Derek? De entre todas las mujeres del mundo, ¿por qué te has fijado en mí?

–No lo sé. Quizás porque eres tan distinta a

las mujeres con las que me relacionaba que me has llegado al alma. Porque eres fiel a ti misma. Porque me haces sentir completo. Porque me miras y mi alma revolotea en mi estómago. Porque...

–Vale, vale... me hago una idea.

Se ha puesto como un tomate, sonrío y cojo su mano para besarla suavemente.

–¿Te incomoda saber lo que siento por ti?

–No es eso. Es que estás muy diferente...

–Soy diferente. Tengo muchas cosas que arreglar, pero estoy haciendo todo lo que

puedo por hacerlo –confieso.

–Me alegra oír eso. Independientemente de lo que pase entre nosotros quiero que estés bien, Derek.

Comemos charlando animadamente, descubriéndonos el uno al otro. He descubierto que su color favorito es el azul, que su colonia se llama Indian Night Jasmine, que disfruta levantando la cara al cielo en los días de lluvia, que adora los perros y que su vida está vacía sin la música.

Yo le descubro que aunque parezco un

abogado *snob* estoy mucho más cómodo en vaqueros y zapatillas, que me gusta el café muy cargado, que en mis ratos libres dibujo, y que me encanta pasar tiempo sentado en la orilla del mar al atardecer.

Continuamos nuestro camino, y a las cinco estamos aparcados frente a la casa de mis padres. La miro nervioso, y ella me coge de la mano y me aprieta insuflándome valor. Salimos del coche y ella se agarra a mi brazo. Ese gesto me enternece, pero también me calma. Mientras ella esté conmigo todo va a estar bien.

Mi madre sale a nuestro encuentro. Antes de

irme les expliqué mis planes, y tanto ella como mi padre están deseando conocer a la mujer que me ha robado el corazón y ha sido capaz de llevarme de vuelta con ellos.

Mi madre me abraza fuerte antes de volverse hacia Gabrielle y repetir el gesto con ella.

–Tú debes ser Gabrielle. Yo soy Eleonor, la madre de Derek.

–Es un placer, señora.

–Nada de formalismos. Llámame Eleonor. La mujer que me ha devuelto a mi hijo puede llamarme como quiera.

Gabrielle sonríe y asiente antes de cogerse de su brazo.

–Entonces debes llamarme Gaby. Mis amigas me llaman así.

Me quedo parado un segundo en el sitio, viendo alejarse a las dos mujeres de mi vida, con un nudo en la garganta al ver que Gabrielle es la mujer que necesito, la mujer perfecta para mí.

Capítulo 10

Estoy confinado tras la barbacoa en el jardín.

Mis padres han acaparado a Gabrielle y me han “castigado” preparando las hamburguesas mientras ellos la conocen un poco mejor.

La verdad es que no me importa. Ella está relajada, feliz, y realmente disfruto viéndola así. Mi madre y ella han conectado al momento, y sé que llegarán a ser muy buenas amigas... si se queda conmigo.

Esta tarde fui a mi terapia sin ella. La dejé charlando con mi madre y me escapé a la consulta del doctor Brown para contarle las novedades. Insistió en que la llevase a una sesión conmigo, pero para ello debo contarle lo que me ocurrió, y no sé si seré capaz de hacerlo aún.

Los nervios me atenazan el estómago durante toda la cena, pero cuando mis padres se retiran a dormir, me siento con Gabrielle en el columpio del porche a tomarnos una taza de chocolate caliente.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Tus padres son muy intensos —sonríe—, pero

encantadores. Me han estado contando batallitas de tu niñez durante horas.

Me tenso por un momento. Es el momento apropiado, pero el miedo no me deja hablar, así que solo sonrío.

–Espero que tu habitación esté bien –digo en cambio.

–Es perfecta. Todo esto es perfecto, Derek. No conocía esta faceta de ti.

–No conoces muchas facetas de mí, Gabrielle. La verdad es que solo conoces las más despreciables.

–No digas eso, no es verdad.

Sus ojos se clavan en los míos un instante que me parece eterno, y la caricia de su mano en mi mejilla me arranca un suspiro y hace que cierre los ojos inconscientemente.

–A pesar de lo que ha pasado entre nosotros siempre has sido tierno y cariñoso conmigo. Te he visto relajado charlando con Evan, y muchas de las cosas que haces son dignas de mención.

–¿Qué cosas? –pregunto sorprendido.

–He descubierto que ayudas a víctimas de

maltrato y abusos sexuales, Derek.

–Ya se han ido mis padres de la lengua –
repongo violento.

–Pues no, listo... no han sido ellos. Ayer cuando saliste de la floristería una clienta te reconoció. Llevaste su caso y la salvaste de una muerte segura. Eso es algo que jamás habría esperado de ti, y dice mucho de tu carácter.

–Nadie se ocupa de esas mujeres. Alguien tiene que hacerlo y a mí no me cuesta nada.

–Claro que te cuesta. Las costas de los juicios

corren de tu cuenta. Eso es mucho dinero si llevas muchos casos, como me dijo ayer esta mujer.

—Me hace sentir mejor persona.

—Derek... eres buena persona —susurra en mi oído—. Estás traumatizado por algo que ocurrió, pero no eres mal tipo.

Sus labios se unen a los míos y me quedo en estado de shock. El tacto de su piel enciende mi alma, y un gemido escapa de mis labios antes de que me apodere de su cuerpo y la sienta en mi regazo.

Ahondo el beso, y mi lengua entra en contacto con la suya, mis manos buscan el camino hacia sus pechos y los acuno suavemente entre mis palmas. Gabrielle enreda sus dedos en mi pelo y comienza sus caricias cadenciosas, relajando mis músculos tensos, aunque despertando mi excitación.

Con un esfuerzo titánico separo mis manos de su cuerpo y mi boca de la suya, apoyando mi frente en la de ella.

–No me hagas esto, Gabrielle. Si seguimos así no voy a poder cumplir mi promesa de no tocarte.

–Lo... lo siento –está tan turbada como yo–.

No debería haberlo hecho. Me voy a la cama.

Se levanta de mis piernas para marcharse.

Está avergonzada, y la sujeto de la muñeca para que me mire un segundo.

–Gabrielle... nadie quiere hacerte el amor más que yo, pero cuando lo haga será para no dejarte escapar. No me lo pidas a no ser que estés completamente segura de que te quedarás a mi lado.

Ella asiente y se marcha a su habitación. Me alejo de la casa lo suficiente para poder ver su

ventana, y cuando la luz se apaga vuelvo a sentarme en el porche. Cierro los ojos y un suspiro sale de mis pulmones. ¡Joder!, esto va a ser más duro de lo que imaginaba.

Capítulo 11

Estoy haciendo el amor con Gabrielle. Ella está tumbada en mi cama bocabajo, y yo recorro la curva de su espalda con mis besos. Mis manos acarician sus costados, y mi pecho resbala por sus glúteos lentamente. Ella ronronea satisfecha, y sonrío inconscientemente cuando su mano intenta atrapar mi erección.

—No, gatita traviesa... no vas a tocarme todavía.

–¡Pero quiero hacerlo! –responde con un mohín delicioso.

–Tendré que ponerle remedio...

Saco una corbata del cajón de la mesilla y dándole la vuelta ato sus manos al cabecero. Ella se ríe feliz, y yo continúo con mi asalto, esta vez por delante. Mis besos acarician su cuello y su hombro, y cuando llego a sus dulces pechos mi lengua aparece un segundo para saborear su pezón rosado, que ya está enhiesto esperando mi caricia. Repito la operación con el otro pezón, y continúo bajando por su estómago. Mis besos son suaves, delicados, pero Gabrielle gime excitada

con cada uno de ellos.

Yo también estoy cachondo, y mi polla amenaza con buscar alivio cuando roza un momento su sexo. Continúo sin embargo bajando con mi boca por su monte de Venus hasta llegar al sitio que más anhelo, ese coño delicioso que me vuelve completamente loco.

Gabrielle abre las piernas de inmediato permitiéndome el acceso, y separo sus labios suavemente para hundir mi nariz en su clítoris, ya hinchado. Su olor almizclado me enloquece, y mi lengua no tarda en hacer su avance contra su abertura. Ya está empapada, y el sabor de sus

jugos en mi lengua casi hace que llegue al orgasmo.

Recorro sus pliegues con la lengua, con pasadas lentas y certeras, y ella se retuerce entre mis brazos, desesperada por soltarse y poder acariciar mi pelo como hace siempre. Pero no se lo permito, y aumento el ritmo de mis lengüetazos, alternando su botoncito con su deliciosa abertura, y el orgasmo la arrasa dejándola exhausta.

Desato sus manos y acaricio sus muñecas para que recupere la circulación, pero ella me empuja y me tumba en la cama.

Unas caricias como alas de mariposa me despiertan. Aún turbado por el sueño veo a Gabrielle recostada a mi lado en la cama, sonriendo, y por un momento siento que el sueño no ha sido tal y me abalanzo sobre ella para devorar su boca.

Gabrielle gime y me devuelve el beso con ansia, se retuerce bajo mi cuerpo desnudo y me arranca un gemido cuando su muslo roza suavemente mi erección. Cuelo la mano por debajo de su camiseta y acaricio sus pezones, esos que echaba tanto de menos. Gabrielle me tira del pelo y sonrío sobre sus labios antes de bajar por su

cuello.

—¡Derek, para!

El susurro escapa de sus labios y yo me quedo sin aire, muy quieto, intentando asimilar lo que ha ocurrido. Me separo despacio de ella y la miro a los ojos para detectar cualquier atisbo de dolor, o rabia, pero ella se está riendo. ¡Se ríe! Y me quedo mirándola sin entender qué es lo que pasa.

—Gabrielle, lo siento... yo... —balbuceo.

—Tu madre me mandó a despertarte. Si tardamos más de la cuenta subirá a buscarnos, y no creo que sea agradable que nos encuentre

así.

–¿Estás bien? Joder, nena... estaba soñando y...

–Si este es el resultado del sueño debía ser muy caliente –dice antes de soltar una carcajada.

Yo sonrío malicioso y la atrapo entre mi cuerpo y el colchón. Acercó mis labios a un centímetro de su oreja y la hago estremecerse.

–Ni te lo imaginas.

Dicho esto, me levanto y me encamino silbando a la ducha. Ella se queda un momento

tumbada en mi cama, asimilando lo que acabo de hacer, antes de entrar en el cuarto de baño para aprisionarme contra el lavabo y comerme la boca con avaricia.

–A este juego podemos jugar los dos –me dice cuando se aparta de mí.

–Es el juego que más me gusta, Gabrielle... jugar a seducirte.

Un cuarto de hora después bajo al salón para descubrir que mi pequeña seductora se ha ido con mi madre de compras, así que me sirvo un café y voy a buscar a mi padre.

Le encuentro en el garaje montando uno de sus “juguetitos”, una nueva maqueta de helicóptero.

–Buenos días papá. ¿Qué modelo es? –
pregunto.

–Es el *Academy 12120 U.S.Navy MH-60S HSC-9 'Tridents'*. Mi nueva adquisición.

Permanezco observando cómo une las piezas de la maqueta mientras me tomo el café. Poco a poco el amasijo de pequeños trozos de plástico y hierro se convierten en un helicóptero blanco y rojo del tamaño de mi brazo.

–¿Se lo has dicho ya? –pregunta mi padre.

–No. Necesito más tiempo.

–Hijo... el tiempo pasa, y ella espera una explicación. No permitas que se canse y se marche antes de que le cuentes la verdad.

–El doctor Brown quiere que la lleve hoy a su consulta.

–¿Vas a hacerlo?

–No tengo más remedio –digo encogiéndome de hombros.

–Lo correcto sería que ella fuese allí sabiendo lo que ocurre. Debes decírselo cuando vuelva.

–Lo intentaré, papá. Pero no te prometo nada.

–Es lo mejor para los dos, hijo. Ella no puede vivir en la ignorancia, y tú no puedes esconderte en las sombras por más tiempo.

Capítulo 12

Son las cinco de la tarde y estamos sentados en la sala de espera del doctor Brown. Sé que le prometí a mi padre que le contaría lo que pasó antes de traerla, pero al final no he podido hacerlo. Cuando llegó de comprar con mi madre se enfrascaron juntas en preparar la comida, y después de comer se quedó dormida apoyando su cabeza en mi pecho mientras veíamos una película.

¿A quién quiero engañar? No tengo excusa.

No se lo he dicho porque soy un cobarde. Me aterra la reacción que ella pueda tener cuando se entere, me aterra que me abandone. Pero lo que más pánico me da es ver el rechazo en sus preciosos ojos castaños.

Ni siquiera he tenido el valor de decirle que ha sido el doctor Brown quien ha insistido en que la traiga conmigo. Simplemente le he pedido que me acompañe y ella ha accedido sin rechistar.

—¿En serio puedo entrar contigo? —pregunta—

No creo que sea buena idea hacerlo sin que tu médico lo sepa.

–En realidad... ha sido él quien ha insistido en que te trajera.

Ella me mira con la sorpresa pintada en el rostro, mientras yo solo me encojo de hombros.

–¿Le has hablado de mí? –pregunta.

–Nena, es mi siquiatra. Por supuesto que le he hablado de ti.

Cinco minutos más tarde llega el peor momento de la tarde. Cuando veo aparecer a Evan por la puerta de entrada mi estómago se revuelve y me tenso por un segundo. Gabrielle me mira sorprendida, pero no dice nada.

El que era mi mejor amigo se acerca y saluda a Gabrielle con cariño, señal de que no han perdido el contacto desde que todo ocurrió. Cuando se vuelve hacia mí su reacción es otra historia. Simplemente me mira con las manos en los bolsillos y una ceja arqueada.

–Gracias por venir, Evan. Significa mucho para mí.

–Tú dirás –contesta.

–Derek –me interrumpe el doctor Brown–, podéis pasar.

Gabrielle aprieta mi mano con cariño y me

precede. Evan, aunque reticente, la imita. Me siento frente a ellos en la enorme consulta y mi médico se sienta junto a mí.

–Veo que ambos habéis venido –les dice–. Me alegro de que hayáis comprendido el problema de Derek.

–Un momento –replica Evan– ¿Problema? ¿Qué problema? A mí nadie me ha contado nada.

Mi siquiatra mira a Gabrielle, que niega con la cabeza, y yo bajo la mirada avergonzado.

–Derek, hablamos de esto, te dije que ellos

debían venir conscientes del problema. ¿Por qué no se lo has dicho?

—Sabe bien por qué —replico incómodo.

—Muy bien —contesta levantándose—. Esta es mi última consulta de la tarde, así que tengo tiempo de sobra. Voy a ir a tomarme un café. Cuando vuelva quiero que se lo hayas contado. Y si alguno de los dos siente que no puede con ello, es libre de marcharse.

Dicho esto, coge su chaqueta y nos deja solos en la consulta. Los nervios atenazan mi estómago, me impiden respirar... pero Gabrielle se sienta a

mi lado y me pasa su brazo por los hombros, confortándome como solo ella sabe hacer.

–Puedes hacerlo, Derek. Cuéntanos que ocurre –me dice suavemente–. Necesitamos saber qué te pasa.

Evan no dice nada, pero su mirada se ha suavizado, y me observa expectante. Casi sin darme cuenta comienzo a hablar.

–A los quince años yo era el muchacho más popular del instituto. Todas las chicas reían como tontas cuando las saludaba por los pasillos o simplemente les sonreía. Yo estaba

cansado de esa aptitud, y entonces... llegó ella.

Evan se sienta en la mesa que había entre los dos frente a mí, y aprieta mi rodilla dándome ánimos. Debe haber notado mi malestar. ¡Joder! ¡Me siento enfermo solo de recordarlo!

—Christine era la profesora de ciencias que todo alumno desea tener: joven, guapa, simpática... y me prestaba más atención que al resto. Fingía no saber resolver los problemas porque ella siempre estaba dispuesta a pasar tiempo conmigo fuera de clase, y yo disfrutaba de esos momentos

mirando su escote o sus piernas e imaginándome entre ellas...

–Continúa –susurra Gabrielle.

–Recuerdo que llovía a mares. Recuerdo que perdí el autobús y que estaba empapado. Ella se paró junto a mí y se ofreció a llevarme a casa. Cuando me di cuenta de que iba en dirección contraria le pregunté y me dijo que íbamos a su casa para que pudiese secarme antes de que mis padres me vieran así.

–Joder –susurra Evan imaginando lo que sigue.

–Yo me sentí el tío más afortunado del mundo. Creí que ella estaba interesada en mí y que iba a perder mi virginidad con ella. ¡Maldita sea la hora en la que me subí a ese coche!

–¿Qué paso? –oigo decir a Gabrielle.

–Cuando estaba desnudándome en su dormitorio la escuché hablar con varios hombres, pero no presté atención. Media hora después me vi desnudo, atado de pies y manos y a merced de una sicópata y dos desconocidos.

Las lágrimas caen sin control por mis

mejillas, pero ya nada importa. En este momento me encuentro de nuevo en aquella casa, desnudo frente a aquellas personas.

–Luché con todas mis fuerzas, pero no conseguí nada. Ellos... ellos me...

Un sollozo interrumpe mi relato. Gabrielle me abraza con fuerza. Siento sus lágrimas mezclarse con las mías, pero no importa. Ya nada importa...

–Shh... tranquilo –susurra mi ángel–. No tienes que seguir. Déjalo Derek.

–Me violaron. Me hicieron cosas con las que he soñado hasta perder la cabeza. Me dieron

tal paliza que no sé ni cómo estoy vivo. Y después me dejaron tirado a un lado de la carretera desnudo.

Los nudillos de mi mejor amigo están blancos de la fuerza con la que se agarra a la mesa. Sus músculos tiemblan de rabia contenida, pero soy incapaz de mirarle a la cara.

—Tuve la suerte de que una patrulla policia pasó por allí y me vio. Me llevaron a urgencias y me obligaron a testificar. Esa noche intenté suicidarme, pero mi madre me encontró a tiempo. Al día siguiente quise volver a clase. No quería permitir que esa

degenerada se saliese con la suya. Cuando llegué todos mis compañeros me miraban. Algunos se reían, otros me miraban con compasión. Cuando entré en el instituto vi todas las paredes forradas con las fotos de mi desgracia.

—¿Qué? —susurra Gabrielle sorprendida.

—¡Maldita hija de puta! —grita Evan.

—Fue entonces cuando me desmoroné. Nos mudamos y mis padres comenzaron una batalla legal contra mis violadores. Los dos hombres están muertos, pero ella salió de la

cárcel a los diez años. Lo primero que hizo fue mudarse aquí. No pude soportarlo y me alejé todo cuanto pude.

Levanto la vista, con miedo a lo que voy a encontrarme, pero Evan me abraza antes de que pueda reaccionar. Sus lágrimas mojan mi camisa, y su agarre a punto está de dejarme sin aire.

Gabrielle hace rato que está llorando, y cuando Evan me suelta se acerca y me besa con ternura. Su sabor me calma, me relaja, y cuando separa sus labios de los míos se acurruca en mi regazo sin soltarme.

–¿Por qué nunca me lo contaste, tío? Somos amigos... –gime Evan.

–Porque no lo he superado. Estoy estancado, y necesito que me ayudéis a seguir adelante.

En ese momento entra el doctor Brown en la consulta, y tras echar un vistazo sonrío y saca de su escritorio una caja de pañuelos de papel y nos la tiende.

–Veo que ya lo sabéis. Ahora puedo explicaros el problema de Derek.

–Somos todo oídos –contesta Evan con decisión.

–La recuperación de una víctima de violación consta de tres etapas. En la primera de ellas el paciente está en estado de shock, no soporta el contacto físico, se culpa de lo que ha ocurrido y se retrae en su interior. En la segunda etapa tiene problemas para relacionarse y crea un mecanismo de defensa debido a la angustia y la ansiedad. En la tercera el paciente acepta lo que le ocurrió y aprende a vivir con ello. Derek debería haberlo superado hace años, pero se ha quedado estancado en la segunda fase.

–Entiendo –contesta Evan, mientras que

Gabrielle asiente.

—Aunque se esfuerce por creer lo contrario, Derek cree que es el culpable de lo ocurrido, y hasta que no se enfrente a ello no va a poder ser capaz de seguir adelante.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunta Gabrielle.

—Derek debe enfrentarse a su violadora. Debe hacerle frente para poder entender que él solo era un niño. Y necesita vuestra ayuda. Es un paso que no puede enfrentar él solo, tiene que estar arropado por la gente que le quiere. — mira el reloj—. Tengo que irme. Mi mujer me

matará si vuelvo a llegar tarde a cenar. Voy a estar unos días fuera, Derek. Nos vemos el lunes.

Capítulo 13

Salimos de la consulta en silencio. Gabrielle me coge de la mano con fuerza, y Evan me tiene cogido por el hombro. Mis padres siempre me han apoyado, pero jamás me sentí tan arropado como en este preciso momento. Cuando llegamos a mi coche Evan me vuelve a abrazar y se dirige a su coche.

–Te sigo, Derek –me dice.

–Perfecto.

Conduzco despacio hasta mi casa, y una vez allí presento a mi mejor amigo a mis padres. Ellos me sorprenden diciendo que van a pasar unos días fuera, que volverán el domingo. Así que tenemos la casa para nosotros solos durante toda la semana.

Gabrielle propone que hagamos una barbacoa y que invitemos a mis amigos de la infancia, pero desde que me mudé me convertí en una persona introvertida y antisocial, así que no conozco a nadie de la ciudad.

Mientras Gabrielle se queda en casa preparando un postre, Evan y yo vamos al supermercado. Al principio nos rodea un silencio

incómodo, esto es exactamente lo que no quería que pasase, pero gracias a Dios el ambiente se relaja poco a poco.

–Derek, lo siento –me dice Evan.

–¿Que lo sientes? ¿Por qué? –pregunto sorprendido.

–Debí darme cuenta de que algo raro pasaba cuando pasó lo de Gabrielle.

–No eres adivino, tío. No podías saberlo.

–¡Joder, eres mi mejor amigo! ¡Te conozco lo suficiente como para saber que ese comportamiento no era normal!

–Desde que nos conocemos jamás he estado enamorado... hasta ahora. No podías saber si eran o no celos.

–Te diste cuenta por fin, ¿eh? –dice dándome un pequeño codazo.

–Aunque me avergüence reconocerlo me di cuenta gracias a ti. Si no me llegas a echar la bronca que me echaste hubiese seguido cegado por completo.

–Respecto a eso, Derek... Gabrielle me gusta mucho, pero no de la forma en la que crees. Me recuerda mucho a mi hermana, y...

Ahora empiezo a comprenderlo todo. Su comportamiento con Gabrielle, su cercanía, sus miradas de cariño...

–La echas de menos, ¿verdad?

–No pasa un solo día que no lo haga. Gabrielle recurrió a mí en una de vuestras peleas para pedirme consejo porque era incapaz de acercarse a ti, y cuando la conocí más a fondo me di cuenta de que ella me podía ayudar a superarlo.

–Siento no haber sido el amigo que necesitabas –susurro.

Ahora me doy cuenta de que no he sido consciente del sufrimiento de Evan por la muerte de su hermana pequeña. Realmente ninguno de los dos lo hicimos bien, así que estamos a mano.

—Cuando venía a verme me hablaba de ti, de lo frustrada que se sentía —continúa Evan.

—¿Frustrada?

—Me dijo que jamás hacíais el amor. Siempre te la follabas, pero solo le habías hecho el amor una única vez.

—Es cierto —reconozco avergonzado—. Pensé que si no me involucraba de esa manera no me

afectaría verla contigo.

—¿Y por qué coño nos propusiste hacerlo, Derek? ¿Por qué no te dedicaste a seducirla por tu cuenta?

—Porque ella me lo pidió. Un día la seguí al Edén, donde iba a buscar experiencias nuevas. O se las daba yo o la perdía.

—¡Dios, Derek! Con todas las mujeres que te has follado, ¿y no reconoces una mentira? Gabrielle fue al Edén porque no podía olvidarte. Pensó que acostándose con otro hombre lo lograría, pero irónicamente se

acostó contigo. Como le insististe en volver ella se inventó eso de experimentar para quitarte la idea de la cabeza.

—¿Y por qué demonios accedió al trío?

La carcajada de Evan me pilló por sorpresa.

Me lo quedo mirando fijamente con una ceja alzada, esperando una respuesta.

—¡Porque pensó que era lo que tú querías! — contesta exasperado— ¡Accedió porque pensó que si no lo hacía te perdería! Habéis estado los dos tan ciegos que no os habéis percatado de lo que teníais delante.

–Ahora ya da igual, Evan. Tengo que volver a recuperarla, y esta vez sin artificios. Está aquí porque le propuse un trato. Si después de saberlo todo quiere seguir sin mí, no volveré a molestarla más. Y pienso cumplirlo aunque eso termine conmigo.

–No lo haré. Sigue enamorada de ti.

–Pero le he hecho demasiado daño, tío. No sé si será capaz de perdonármelo.

–Bueno, si no lo hace... aquí estaré para ayudarte a levantarte.

Capítulo 14

Estoy tumbado en la cama de mis padres mirando al techo. Hemos pasado una noche muy agradable, quizás la mejor de mi vida. Nunca me había sentido tan relajado, ni tan feliz. Después de comernos unas buenas hamburguesas hechas en la barbacoa y saborear el delicioso pastel de chocolate que ha hecho Gabrielle, nos hemos sentado los tres en el sillón a ver una película.

Sentir de nuevo a Gabrielle entre mis brazos

ha sido como pisar el paraíso. La muy descarada se ha tumbado cuan larga era en el sofá, sobre nosotros, con la cabeza y la espalda apoyadas en mi pecho y los pies sobre Evan.

Sentir sus caricias inconscientes sobre mi brazo han hecho que me excite, pero he sabido disimular como todo un campeón. Después nos hemos ido a dormir. Como Evan se va a quedar a dormir toda la semana le he cedido mi cuarto. Pensar que Gabrielle está a unos metros de mí, que nos separa solo una pared, me está volviendo loco.

La puerta se abre lentamente y ella aparece en el umbral, envuelta en un camisón de algodón con

dibujos de corazoncitos que me arranca una sonrisa.

Se acerca vacilante a la cama, y tras una breve duda aparta las mantas y se tumba a mi lado.

–Gabrielle, ¿Qué haces aquí? –susurro para no sobresaltarla.

–Venía a despertarte –su voz suena avergonzada, así que me giro para mirarla.

–Ya estoy despierto. ¿Qué pasa? ¿No puedes dormir?

–Ya sé que me dijiste que no te lo pidiera hasta que no estuviese segura, pero...

Permanece en silencio lo que para mí parecen horas, aunque hayan sido apenas segundos. Sé lo que quiere, y mi miembro ya está listo y dispuesto a dárselo.

—¿Pero? —repito al ver que no continúa.

—Quiero... necesito que me hagas el amor —suelta a bocajarro— y sé que tú también lo necesitas. Al menos sé que hoy lo necesitas. No quiero que pienses que ya he tomado una decisión, porque estoy más confundida si cabe, pero...

—Gabrielle... cállate.

Me apodero de su boca despacio, saboreándola y recordando todas sus texturas y todos sus sabores. Ella gime en mis labios y se agarra a mis hombros con fuerza, dejándome las marcas de sus uñas en la piel.

Continúo besándola mucho... mucho tiempo, y bajo mis caricias por su mandíbula para llegar a su oreja.

–Me vuelves loco, mi amor. Completamente loco –susurro.

Me pongo de rodillas en la cama arrastrándola conmigo y sentándola en mis muslos

para seguir besándola. Sus dedos se enredan en mi pelo, los míos en sus caderas. Beso su cuello, el valle entre sus senos... y ella tira de mí para tumbarse en la cama y ponerme sobre ella.

–Mmm... gatita traviesa... quiero hacerlo muy despacio. No me desconcentres.

Bajo los tirantes de su camisón para dejar un pecho al descubierto, y me doy un festín con su pezón rosado, que ya está duro y reclamando a mi lengua. Me deleito con su sabor, y me pongo de rodillas para poder alternar ambos pezones, que muerdo suavemente y succiono despacio. Ella se arquea y se retuerce debajo de mí, y su sexo se

roza con el mío continuamente, mandando descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

Vuelvo a besarla, amasando sus pechos con mis manos un segundo antes de ponerla de lado y situarme a su espalda. El camisón ha desaparecido ya de su cuerpo, y ni siquiera recuerdo cómo se lo he quitado.

Mi mano se cuela por la seda de sus braguitas y roza su clítoris un segundo antes de volver a prestarle atención a sus pechos. Mi boca no se despega de la suya, soy incapaz de hacerlo. Me deshago de sus braguitas con cuidado y dejo al descubierto ese coñito que tanto me gusta. Paso

una de sus piernas por encima de mi cintura para dejarla más expuesta, y mientras que con la mano que tengo debajo de su cabeza acaricio suavemente su pezón, con la otra comienzo a masturbarla.

Está tan mojada... mis dedos resbalan por su piel, acarician su clítoris con mimo y poco a poco van invadiendo su interior. Entro y salgo lentamente, pero ella grita cuando el orgasmo se acerca, y no quiero que esto termine tan pronto, así que los saco despacio y la beso un instante más.

Continúo acariciando su clítoris sin descanso, cada vez más y más deprisa. Su mano se cuelga en

el pantalón de mi pijama y sujeta mi miembro con fuerza arrancándome un gemido.

Mis dedos bailan sobre su perla, mis caderas se mueven al compás de los movimientos de su mano sobre mi polla, y cuando ella se tensa recorrida por el primer orgasmo de la noche arraso su boca con desesperación.

Se acabaron los juegos. Me deshago de la camiseta del pijama en un segundo y vuelvo a colocarme sobre ella para volver a encenderla con mis caricias. No tardo demasiado, ella me desea tanto como yo la deseo a ella.

Pronto Gabrielle toma el control, y me empuja para tumbarme en la cama y colocarse sobre mí para comerme la boca. Ese arranque de lujuria esta a punto de hacer que me corra, pero consigo controlarme aunque no sé cómo. Mis manos se mueven ansiosas por su cuerpo deseando que esto no sea un sueño.

Se deshace de mis pantalones y se mete mi polla en la boca, hasta el fondo, hasta que toco el final de su garganta, y comienza a succionarme. ¡Joder! ¡Había olvidado lo bueno que es estar enterrado entre sus labios! Mis caderas se mueven inconscientemente al ritmo de sus embestidas. Mis

manos se enredan en su pelo para marcarle un ritmo más lento que me permita aguantar, pero ¡joder! Ella coge mis testículos con las manos y hace rodar mis bolas entre los dedos catapultándome al orgasmo.

—¡Dios, Gabrielle! ¡Joder! —grito sin control.

La tumbo en la cama con un solo movimiento y entierro la lengua en su sexo, bebiéndome sus jugos y arrancándole un gemido. Lamo, chupo y succiono su clítoris desesperado, como un sediento en medio del desierto. Cuando introduzco mis dedos dentro de ella se retuerce y pega su coñito delicioso a mi boca al máximo, y se corre

entre espasmos gritando mi nombre.

Vuelvo a tumbarla de lado con su pierna sobre mi cintura, y me introduzco lenta, muy lentamente en ella. Cuando estoy enterrado por completo, la miro a los ojos y ella me sonríe antes de besarme.

Comienzo a moverme lentamente, aumentando la intensidad de mis embestidas, más y más rápido. La muerdo en el cuello para marcarla como mía, y ella se contorsiona para ponerse sobre mí, dándome la espalda. En esta postura rozo su punto G con la punta de mi polla, y ella se acaricia el clítoris con cada embestida, volvi ndome loco. Sus gritos me tienen al borde del abismo, y un

nuevo orgasmo la recorre al momento.

Salgo de ella un momento para besarla a conciencia, y la tumbo en la cama para follarla como a ambos nos gusta: fuerte y hasta el fondo. Apoyo mis manos en la parte de atrás de sus muslos y comienzo a embestirla deprisa, hasta adentro.

Sus pechos se bambolean deliciosos frente a mí, y me están haciendo perder la poca razón que me queda. Me retumban los oídos del placer que me inunda, pero la necesito más cerca, así que me tumbo sobre ella abrazándola, hundiendo mi lengua en su boca.

El placer me recorre por entero cuando ella se contrae a mi alrededor en un nuevo orgasmo. Un calambre se extiende por todo mi cuerpo dejándome aturdido. Caigo rendido junto a ella, que sonrío y me besa con ternura.

–Te amo, Gabrielle –susurro un segundo antes de caer dormido.

Capítulo 15

Me despierto solo en mi cama, pero el olor a sexo me recuerda lo que pasó anoche y me arranca una sonrisa. Me desperezo un momento antes de meterme silbando en el cuarto de baño.

Mientras el agua resbala por mi piel me deleito recordando la noche anterior. Definitivamente ha sido la mejor noche de mi vida. Después de tanto tiempo envuelto en pesadillas he conseguido dormir de un tirón. Y no fue por el

sexo, sino por la presencia de mi ángel, ella es la única que consigue tranquilizar mi atormentada alma. Ella es la única que conseguirá rescatarme y convertirme en el hombre que debo ser para ella.

Entiendo que Gabrielle no se haya quedado conmigo. Sé que aún tiene dudas, y no puede deshacerse de ellas de la noche a la mañana. Pero que se colase en mi cama es un indicio de que aún tengo una oportunidad con ella.

Bajo al salón esperando encontrarla allí, pero solo está Evan, que me mira con una sonrisa antes de darle un sorbo a su café.

–Veo que has dormido bien, Derek –
comenta–. Nunca te había visto esa sonrisa en
la cara.

–Sabes lo bien que he dormido. Y siento no
haberte dejado dormir a ti –bromeo.

–¡Oh, créeme! Dormí como un lirón...
después de hacerme dos pajas escuchando
como te follabas a tu mujer.

–Eres un cabrón –digo con una carcajada–.
Ahórrate esos detalles en el futuro, ¿de
acuerdo? ¿Dónde está Gabrielle?

–Ha salido. Ha dicho que volvería en un par

de horas.

–¿Y no ha dicho dónde iba?

–No... lo único que ha dicho es... “¡Ya lo verás!”

Me encojo de hombros antes de prepararme el desayuno. La verdad es que no sé si conoce a alguien aquí, porque el día que se fue con mi madre llegó a las tantas, así que no me preocupa en absoluto donde esté.

Poco antes del almuerzo llega una Gabrielle cargada de bolsas. Evan y yo nos apresuramos a ayudarla.

–¿Pero qué demonios traes aquí, Gaby? –
pregunta Evan– Esto pesa como el demonio.

–El otro día descubrí con tu madre una tienda
de ropa y me encantó lo que vi, así que he
vuelto.

Está un poco rara... y creo saber por qué.

Sube a toda prisa a su dormitorio para sacar las
cosas de las bolsas, y yo me giro hacia Evan.

–Tío, ¿por qué no pides un par de pizzas?

Bajo en seguida.

–¿Otra vez? –pregunta tras una carcajada– Vas
a dejarla seca.

–Está preocupada por lo que pasó anoche.
Voy a hablar con ella.

La sonrisa se borra de los labios de mi amigo, que asiente y se va al salón. Cuando entro a la habitación de Gabrielle la descubro sentada en la cama cabizbaja con una caja entre las manos.

–¡Eh! –susurro acercándome y sentándome a su lado– ¿Qué ocurre, nena?

–Na... nada.

–Nena, te conozco lo suficiente como para saber que te pasa algo. Cuéntamelo, por favor.

–Es que... estoy tan confundida, Derek... Una

parte de mí me dice que no me fie de ti, que vas a volver a hacerme daño. Pero has cambiado tanto... pareces otra persona, y mi corazón me grita que me deje llevar, pero...

—Ven aquí —la corto sentándola en mis muslos—. El Derek que conociste ya no existe, Gabrielle. Ese Derek era un depredador, que utilizaba a las mujeres para su propio beneficio. No estoy diciéndote que te fies de mí y que olvides todo lo que ha pasado entre nosotros, porque ni yo mismo puedo olvidarlo.

—Lo sé... es que me siento dividida.

Ver el precioso rostro de mi ángel teñido por la preocupación me parte el alma. Yo quiero, ¡no!, necesito que ella sea feliz y haré todo lo posible para conseguirlo.

—No quiero que pienses en ello —digo con un nudo en la garganta—. Tienes hasta el domingo para decidirte. Disfruta de estas mini vacaciones y cuando volvamos a casa decides lo que quieres, ¿de acuerdo?

Ella asiente y entierra la cara en mi pecho.

Permanecemos así un rato, sin hablar, simplemente recreándonos en tenernos tan cerca. Cuando ella levanta la cabeza y me sonrío, mi corazón se siente

más ligero.

–Te he comprado un regalo –me dice–. Es una tontería, pero... espero que te guste.

Me tiende la cajita que sostenía entre las manos cuando entré. Me quedo sin habla cuando la abro: es un colgante de plata en forma de ala de ángel lacada en negro. La sostengo entre mis dedos un momento, aguantando el nudo que amenaza con ahogarme.

–Cuando lo vi me acordé de ti. Me recuerdas a un ángel caído, perdido entre demonios.

Quiero ayudarte a vencer esos demonios,

Derek. ¿Me dejarás?

Solo atino a asentir, he perdido la capacidad de hablar. Gabrielle me quita la cadena de entre los dedos y la coloca en mi cuello. Acaricia mi pecho un segundo antes de darme un beso sobre el corazón.

–Vamos abajo, nena... la comida ya habrá llegado –es lo único que atino a decir.

Capítulo 16

Ya es domingo. La semana ha pasado en un abrir y cerrar de ojos, y no quiero que termine, no tan pronto. Acaricio inconscientemente el colgante que me regaló Gabrielle. He dejado aparcado un paso importante de mi recuperación para poder pasar estos días con mi ángel y mi mejor amigo, pero no puede pasar de hoy.

Inspiro profundamente al pensar en Christine. Mi cuerpo tiembla inconscientemente, y las

lágrimas amenazan con derramarse de mis ojos. ¿Pero qué coño me pasa? ¡Ya no soy un niño, joder! Esa mujer ya no puede hacerme daño. Repito la letanía en mi mente una y otra vez mientras me doy una ducha.

Cuando bajo a desayunar Gabrielle ya está en la cocina preparando bacon y huevos. Aún está vestida con su pijama, y me acerco a abrazarla, porque lo necesito con urgencia.

Ella se vuelve y me aprieta fuerte contra su cuerpo arrancándome un suspiro.

—¿Estás bien? —susurra.

Asiento con la cabeza sin apartarla de su cuello. Ella espera pacientemente, y cuando me siento preparado me separo de ella y la beso suavemente en los labios.

—Gracias —le digo.

—Tonto —sonríe.

Evan aparece por la puerta con pan recién horneado, se acerca a mí y me aprieta el hombro suavemente. Desayunamos en silencio, y las muestras de apoyo de los dos pilares más importantes de mi vida se suceden sin cesar.

El día pasa en silencio. Me encuentro

taciturno, pero ambos me entienden y no intentan animarme. Después de comer vemos una película tumbados en el sofá, pero no podemos dejarlo pasar más.

A las seis de la tarde subo a vestirme. Me pongo mi mejor traje porque, aunque no quiera admitirlo, quiero demostrarle que lo que me hizo no ha podido acabar conmigo, que ella no ha sido capaz de hundirme.

Llegamos a la puerta de Christine en una hora. Evan para el coche y se vuelve hacia mí.

—¿Estás listo?

Niego con la cabeza y Gabrielle me aprieta la mano antes de unir sus labios a los míos.

—Los dos vamos a estar contigo, Derek — susurra mi chica—. Puedes hacerlo.

Bajamos del coche y nos dirigimos hacia la puerta de la casa. No es una casa demasiado grande, parece demasiado oscura, como el alma de su dueña.

Me tiembla la mano cuando intento tocar el timbre, y al final Evan lo hace por mí. Nos abre la puerta una mujer de unos sesenta años. Su cara está surcada de arrugas, y su pelo cano parece

pringoso. Desprende un olor nauseabundo, como si llevase demasiados días sin ducharse. Su espalda se curva de manera extraña, haciéndola parecer más baja de lo que realmente es. Y en sus ojos puedo distinguir la condena de la locura.

Respiro hondo al darme cuenta de que han pasado muchos años desde que ocurrió. Creía que iba a encontrarme a Christine como antes, no tan joven, claro está, pero no convertida en una anciana.

¿En serio esa mujer acabó con mi vida? ¿En serio me he dejado amedrentar por una anciana? Sonrío al darme cuenta de que por fin lo entiendo.

Era solo un niño, y esa mujer abusó de mí. Ella es la culpable, no yo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? —
espeta la mujer.

Me quedo mirándola fijamente, y de repente siento que un gran peso se eleva de mis hombros. Creí que no había pagado lo suficiente por sus pecados, pero realmente ya está en el Infierno.

Me acerco a ella despacio, saco de mi cartera un fajo de billetes y lo pongo en la mano de la anciana.

—Te perdono, Christine.

Es lo único que atino a decir antes de darme la vuelta, coger a mi mujer de la cintura y a mi amigo del hombro y marcharme.

—¿Derek? —pregunta Evan extrañado.

—Se acabó, tío —susurro sonriendo—. Se acabó.

Capítulo 17

Veo la ciudad de Nueva York a través de las cristaleras de mi despacho. Hace una semana que volvimos de casa de mis padres. Hace una semana que Gabrielle se alejó de mí de nuevo, pero esta vez fui yo quien se lo pidió. Necesito que piense bien en sus sentimientos, necesito que medite sobre la decisión que va a tomar.

Miro el reloj antes de apagar el ordenador y marcharme. Sonrío a mi nueva joven secretaria

antes de darle las buenas noches y marcharme. Hoy tengo prisa, tengo una cena pendiente.

Paso por *Tiffani's* para recoger el anillo que encargué en cuanto volví a la ciudad. Es una alianza de platino y diamantes con el símbolo del infinito al frente. Porque es eso lo que siento por ella: un amor infinito.

Al llegar a casa me doy una ducha rápida y me pongo un traje limpio. A las ocho estoy en la puerta del *Serendipity*, uno de los mejores restaurantes de la ciudad. El *Maître* me acompaña a nuestra mesa, apartada del gentío, y espero nervioso a que llegue mi cita.

Gabrielle aparece diez minutos después, y está preciosa, como siempre. Lleva un vestido de gasa blanca que cae sinuoso hasta sus rodillas, y su pelo cae libre por sus delicados hombros. Se me seca la boca nada más verla.

Me levanto solícito cuando se acerca y la acomodo en su asiento antes de elegir el vino. Pedimos una comida sencilla, una ensalada y pasta.

Charlamos sobre lo que hemos hecho durante la semana, aunque la tensión y el nerviosismo se notan en el ambiente. Una vez terminada la cena, paseamos por las calles de la ciudad cogidos de la

mano.

Un artista callejero canta a ritmo de Blues, y no dudo un momento en atraer a Gabrielle entre mis brazos y ponerme a bailar con ella, que suelta una carcajada mientras me sigue los pasos.

–Estás loco –me dice.

–Loco por ti, desde luego. ¿Lo estás pasando bien en nuestra primera cita?

–Me estás sorprendiendo gratamente, la verdad.

–Aún no he empezado a sorprenderte.

Seguimos bailando en silencio, disfrutando de

la cercanía, disfrutando de la música. Cuando esta termina nos encaminamos lentamente hacia su casa, cogidos de la cintura.

Estoy muy nervioso aunque lo oculte muy bien. Me juego mi felicidad en esta velada, así que respiro hondo cuando llegamos a su portal y la cojo de ambas manos.

–Derek... –pongo un dedo sobre sus labios para silenciarla.

–Espera un minuto.

Saco la cajita del bolsillo de mi chaqueta y la abro, ofreciéndosela. Ella me mira con los ojos

como platos, y sus manos tiemblan de manera incontrolable.

–Desde que te cruzaste en mi vida aquel día de lluvia no he podido olvidarte. Desde que hicimos el amor por primera vez te metiste en mi corazón y en mi alma, y aunque la he cagado infinidad de veces quiero pedirte una última oportunidad.

Hinco una rodilla en el suelo y cojo su mano entre las mías. Ella inspira hondo, pero permanece callada.

–Ahora soy un hombre nuevo, has conseguido

deshacerte de los demonios que me dominaban y hacerme ver que yo solo era una víctima. Has sido mi amiga, mi amante, mi todo. Conseguiste robarme el corazón y enamorarme hasta perder el sentido con una simple mirada, y te has convertido poco a poco en la mujer de mi vida.

Las lágrimas caen por sus mejillas sin control, sus labios tiemblan, y yo ahora mismo estoy a punto de sufrir una apoplejía.

—Gabrielle, ¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Continuará...